

Los valores militares y la figura del ciudadano soldado

Los altibajos de una relación histórica



José Luis Calvo Albero

Coronel de Infantería

De la Academia de las Ciencias y las Artes Militares

Todo debate sobre los principios éticos de la profesión militar comienza con la pregunta de si realmente esos valores existen como un cuerpo diferenciado del resto de la ciudadanía. Hay épocas en las que lo militar y su ética no son más que una manifestación de la condición de ciudadano. En otras, el propio concepto de ciudadanía prácticamente desaparece y la ética militar se separa del pensamiento y la moral de la población. En estos últimos casos, la defensa de la comunidad puede quedar en manos de una clase social determinada, que monopoliza el uso de la fuerza. En casos extremos, la ética militar puede

incluso deteriorarse hasta el punto de convertir a los ejércitos en un peligro para la propia sociedad a la que se supone que deben defender.

Los ejércitos modernos son herederos de un legado ético que nace en la Antigüedad Clásica fuertemente asociado al concepto de ciudadano soldado. En las repúblicas griegas y romana cada ciudadano era también un combatiente, aunque la participación real en las operaciones militares solía estar reservada a las clases medias y altas. La ética militar no existía como tal, pues era simplemente una extensión de la ética ciudadana, que se definía en conceptos como la “areté” griega o la “virtus” romana. Estos conceptos se identificaban inicialmente con el valor personal y la disposición a defender a la comunidad (patriotismo) pero pronto evolucionaron hacia una panoplia de virtudes más compleja, que incluía la prudencia, la templanza o la disciplina.

El modelo de ciudadano soldado se mostró ya frágil en la Antigüedad y no perduró demasiado en el tiempo, aunque siempre se mantuvo como un ejemplo ideal en los aspectos éticos. Los ejércitos ciudadanos fueron progresivamente sustituidos por profesionales, de una extracción social cada vez más baja, y con una tendencia a incluir cada vez más extranjeros en sus filas. La lealtad a la comunidad fue progresivamente sustituida por la lealtad a sus jefes directos, lo que convirtió a los ejércitos en peligrosos instrumentos en manos de líderes ambiciosos y faltos de escrúpulos.

Durante la Edad Media la figura del ciudadano soldado quedó oscurecida por el protagonismo de la aristocracia como grupo social especializado en la guerra. La religión pasó a ser el elemento central de la ética, tanto civil como militar. La versión idealizada del caballero medieval conjugaba la piedad religiosa con el valor y el honor asociado al compromiso con una causa superior. El patriotismo quedó arrinconado por la lealtad dentro de la propia jerarquía nobiliaria, hasta llegar al monarca. En el aspecto positivo, la influencia del cristianismo llevó a las primeras preocupaciones intelectuales acerca de la justicia de la guerra, y la moralidad de utilizar en ella determinados procedimientos.

La llegada del Renacimiento trajo consigo un retorno a la idea del ciudadano soldado. Sin embargo, aunque la idea se recuperó en el plano teórico, alentada por pensadores como Maquiavelo, las consecuencias prácticas fueron prácticamente nulas. Los estados de la época eran demasiado débiles para sostener un ejército permanente, y se hacía necesario recurrir a un sistema de contrataciones privadas que tuvo un efecto devastador para la ética militar. Los soldados podían servir en un bando y en el contrario durante las hostilidades, recurrían al saqueo como instrumento de financiación, y en los periodos en los que no se llevaban a cabo operaciones se comportaban como auténticas bandas de malhechores.

Para evitar los desastres causados por este modelo durante la Guerra de los Treinta Años los estados europeos se plantearon la creación de ejércitos permanentes, instruidos, alojados y equipados a cuenta del estado. Este modelo se desarrolló plenamente durante el siglo XVIII, enmarcado en las tendencias racionalistas de la época. La oficialidad seguía siendo mayoritariamente aristocrática, y la tropa continuaba integrada por los estratos más

marginales de la sociedad, pero se esperaba que el servicio de las armas tuviese un efecto educador e integrador. La disciplina se convirtió en el valor moral imperante y el soldado común comenzó a aparecer como un ejemplo para la sociedad.

Las revoluciones en Estados Unidos y Francia a finales del siglo XVIII marcaron el renacimiento pleno del concepto de ciudadano soldado. La lealtad al soberano dio paso a la lealtad a la comunidad, representada en el estado nación, y el patriotismo se convirtió en la virtud militar por antonomasia. La burguesía irrumpió en los cuadros de oficiales de los ejércitos, favoreciendo el acercamiento entre mandos y tropa, igualados por la condición de ciudadano. La moral de los combatientes, animada por una combinación de entusiasmo, compañerismo y valor, pasó a convertirse en una formidable arma de guerra, aprovechada por estrategias como Napoleón.

A principios del siglo XX, el exceso de confianza en los valores morales y la minusvaloración de la letalidad de las nuevas tecnologías militares llevaron al desastre de la Primera Guerra Mundial. Las inmensas bajas sufridas tuvieron un efecto terrible sobre la moral de los combatientes, desprestigiando de paso la ética militar, e iniciando una corriente de movimientos pacifistas y antimilitaristas que han llegado hasta nuestros días. Se acusaba a los oficiales, especialmente a los oficiales generales, de lanzar a sus soldados a la matanza desde la retaguardia, y al sistema militar de llevar la exigencia del patriotismo y el valor hasta límites inhumanos. El modelo del ciudadano soldado sufrió un terrible golpe, aunque no desapareció, en parte porque el final de la guerra no trajo un nuevo sistema que garantizase la estabilidad en Europa.

La Segunda Guerra Mundial marcó, en muchos aspectos, el punto más bajo en cuanto a ética militar de la Historia de la Humanidad. Ataques deliberados a la población civil, ejecuciones masivas de prisioneros y genocidio fueron crímenes habituales durante el desarrollo de las hostilidades. Sin embargo, y especialmente en el bando aliado, también fue posible neutralizar muchas de las lacras heredadas de la Primera Guerra Mundial. Las relaciones entre superiores y subordinados se hicieron más cercanas, se reconoció que el valor y el patriotismo tenían límites, que los soldados estaban expuestos a derrumbamientos psicológicos que no eran equivalentes a la cobardía, y se adoptó un modelo de disciplina más inteligente, flexible y responsable.

De cualquier forma, el modelo de ciudadano soldado dentro de un sistema de reclutamiento obligatorio no pudo recuperarse completamente del impacto de la Primera Guerra Mundial, y solo sobrevivió debido a la alta probabilidad de una nueva guerra en Europa. El reclutamiento obligatorio fracasó en Vietnam (1964-1975) y Afganistán (1979-1988) y Estados Unidos adoptó un sistema de fuerzas armadas voluntarias y profesionalizadas ya en 1973. Tras la caída de la Unión Soviética la mayoría de los estados europeos siguieron ese camino.

El ciudadano soldado no ha muerto, ya que los soldados voluntarios no son menos ciudadanos que los de recluta obligatoria, pero la profesionalización de las fuerzas armadas

vuelve a plantear el problema de la separación entre ejércitos y la sociedad. También el peligro de deterioro de los valores éticos asociados a la profesión militar, que encuentran su mejor encaje cuando se identifican con los valores propios de la ciudadanía. La solución para evitar estas tendencias negativas consiste en mantener viva la idea de que la condición de ciudadano implica el deber de participar en la defensa de la sociedad, aunque por razones prácticas solo algunos ciudadanos sirvan realmente en las fuerzas armadas. Sin esa consideración, se corre el riesgo de que, como en épocas históricas anteriores, las instituciones militares terminen por separarse de una sociedad que las ignora, experimenten un deterioro de sus valores éticos, y terminen tomando caminos que nunca han conducido a un escenario positivo.